

CAPITULO III

INFLUENCIA DE RAZA

SALVAJES BUENOS—CENTROS CRIMINALES
RAZA SEMITA—LOS GRIEGOS EN ITALIA Y FRANCIA
ÍNDICE CEFÁLICO—COLOR DE LOS CABELLOS
JUDÍOS—GITANOS

I. INFLUENCIA DE RAZA.—Hemos visto, y lo veremos mejor á continuación, qué vaga noción del delito existe en el salvaje, hasta el punto de hacernos sospechar su absoluta ausencia en el hombre primitivo. (*Hombre delincuente*, I.) Sin embargo, muchas tribus salvajes parecen tener una moral relativa *sui generis*, que aplican á su manera. Entonces vemos también surgir el delito en ellas. Entre los Yuris de América, el respeto á la propiedad es tan grande que basta un hilo para servir de límite. Los Coriakos y los Mebayas castigan el homicidio cometido en la tribu, si bien no le consideran delito cuando se realiza entre extraños. Se comprende muy bien que sin ley como aquélla, la tribu carecería de cohesión y en breve quedaría deshecha.

Hay, sin embargo, tribus á las que les repugna esa moral relativa. Así, en la Caramansia (Africa), al lado de los honrados y pacíficos salvajes Bañous, que cultivan el arroz, están los Balantas, que sólo viven de la caza y la rapina. Los Balantas matan á todos los que roban en sus aldeas, lo cual no impide que ellos mismos vayan á robar á otras tri-

bus. (*Revue d'Anthropologie*, 1874.) Allí, los buenos ladrones están en gran estima y hasta se les paga para que vayan á enseñar á los jóvenes, y se les elige como jefes en las expediciones.

Los Beni-Hassan de Marruecos se parecen mucho á los Basantas: su oficio principal es el latrocinio, y están disciplinados en esto, teniendo sus jefes y hasta derechos reconocidos por el Gobierno, que se sirve de ellos para recuperar los objetos robados. Dividense en ladrones de avena, de caballos, de aldeas y de caminos. Hay entre ellos ladrones á caballo, que huyen con una rapidez imposible de seguir. Desnudos, impregnados de aceite, se introducen en las cabañas, ó se ocultan bajo las hojas para no espantar á los caballos. Comienzan á robar á los ocho años. (AMICIS, *Marruecos*, pág. 205).

En la India hay una tribu, la de los Zacka-Khail, cuya profesión es la de robar. Cuando nace un niño, le consagran haciéndole pasar por una brecha practicada en el muro de la casa, repitiendo por tres veces las palabras: «sé ladrón.»

Los Kurubaros, por el contrario, son célebres por su honradez: jamás mienten, y se dejan morir de hambre antes que robar. Distíngueselos por esto como guardianes de las cosechas. (TAYLOR, *Sociétés primitives*: París, 1874.)

También Spencer señala algunos pueblos inclinados á la honradez, como los Todos, los Ainos y los Bodos. Entre estos pueblos se prefirió á la guerra, y es más honroso que ésta, el comercio.

En general, no hay cuestiones entre ellos: los jefes las resuelven, y llevan su honradez hasta el punto de restituir la mitad de lo que se les ofrece en los cambios, cuando la oferta les parece exagerada. No practican la ley del talión, no cometen crueldades, respetan á las mujeres, y, sin embargo, cosa notable, no son religiosos.

Entre los Árabes (Beduínos), hay tribus honradas y la-

boriosas; pero hay muchas más de tendencias parasitarias, conocidas por su espíritu aventurero, su valor imprudente, sus cambios continuados, su falta de ocupación y su tendencia al robo.

En el África central halló Stanley países honrados, y otros cuyos habitantes presentaban tendencias al latrocinio y al homicidio, como los Zegos. Entre los Hotentotes y los Cafres hay individuos más salvajes, incapaces de trabajar, que viven á expensas de los otros, llevando vida vagabunda. Los Cafres los llaman Fingos, y los Hotentotes, Songuas. (MATHEW, *ob. cit.*)

Los documentos demostrativos de la influencia étnica en el delito en el mundo civilizado, son menos inciertos. Es sabido que gran parte de los ladrones de Londres son hijos de irlandeses ó proceden del Lancashire. En Rusia, según Anutschine, Besarabia y Cherson proporcionan todos los ladrones de la capital; la criminalidad se transmite de familia en familia. (*Sitz. d. Geogr. Gesel.*, 1868: San Petersburgo.) En Alemania, se reconoce los países en que existen colonias de gitanos por la mayor tendencia de las mujeres al robo.

2. CENTROS CRIMINALES.—En todas las regiones de Italia y en cada una de sus provincias, casi existe alguna localidad famosa por haber salido de ella una serie ininterrumpida de delincuentes especiales. En la Liguria, Leri es proverbial por las estafas; Campofreddo y Masson, por los homicidios. En Novese, Pozzolo lo es por los robos en los caminos. En la provincia de Luca, Capannori es conocido por sus asesinatos; y en el Piamonte, Caidé por sus ladrones campestres.

En la Italia meridional, Sora, Melfi, Santo Fel, han tenido siempre bandidos desde 1860, lo mismo que Partinico y Monreal en Sicilia.

El predominio del delito en estos países depende de la

raza. La historia lo demuestra respecto á algunos: Pérgeola, en Pistoya, fué poblada por gitanos; Mason, por asesinos portugueses, y Campofreddo por corsarios corsos. Todavía el dialecto que aquí se habla es medio corso y medio ligur.

Pero el más famoso de todos los ejemplos es la ciudad de Artena en la provincia de Roma, descrita por Sighele (*Archivio di Psichiatria*, XI, 1830) en estos términos:

«Situada en la cima de una colina, en medio de una campiña verde y risueña, bajo un dulcísimo clima, este país, donde es desconocida la miseria, debiera ser uno de los más honrados y felices. Por el contrario, es de una infame celebridad, y sus habitantes son considerados en las cercanías como ladrones, bandidos y asesinos. La fama no data de ayer. En las crónicas medioevales italianas se encuentra con frecuencia el nombre de Artena, y su historia puede resumirse en una larga serie de crímenes.

»Puede juzgarse de la gravedad del mal por el siguiente cuadro estadístico:

DELITOS	DELITOS POR 100,000 HABITANTES	
	Años 1875-88.	Años 1852-88.
	Italia.	Artena.
Homicidios, asesinatos y robos con homicidio.....	9,38 %	57 %
Lesiones.....	34,17 »	205 »
Robos en caminos.....	3,67 »	113,75 »
Robos simples y cualificados.....	47,36 »	177 »

»Artena se distingue, pues, por un número de lesiones,

homicidios y asesinatos, seis veces mayor que el promedio de Italia. Los robos en los caminos son treinta veces mayores. Todavía estas cifras no dan sino una idea imperfecta de la ferocidad y audacia de los criminales. Para dar idea cabal de ella tendríamos que describir todos los crímenes; sería preciso ver cómo asesinan allí en pleno día, en medio de la plaza, cómo estrangulan á los testigos que se atreven á decir la verdad ante los jueces.

»La causa de esto sería el carácter de los habitantes y la influencia ejercida por los Gobiernos pasados que produjeron la *Caniorra* y el bandolerismo; la impotencia de la autoridad en cuanto á castigar á los culpables, gracias al silencio de los testigos comprados ó amenazados; pero, sobre todo, la herencia.»

En efecto: estudiando los procesos seguidos á los vecinos de Artena desde 1852, Sighele ha encontrado siempre los mismos nombres: el padre, el hijo, el nieto, aparecían uno tras otro, como impulsados por ley fatal. Montefortino, antiguo nombre de Artena, ya era célebre por sus crímenes en 1555.

Paulo IV se vió obligado en 1557 á condenar á muerte á todos sus habitantes, autorizando públicamente á matarlos y destruir el castillo «para que dejara de ser nido y receptáculo de miserables ladrones.»

Cuando se piensa que en Sicilia el bandolerismo se concentra casi enteramente en el famoso valle de la Concha de Oro, donde las rapaces tribus Bereberes y Semitas tuvieron sus primeras y más tenaces guaridas, y donde el tipo anatómico, las costumbres, la política y la moral conservan aún la huella árabe (basta las descripciones de Tommasi Crudeli para demostrarlo) (1); cuando se piensa que allí, lo

(1) «Son sobrios, pacientes, perseverantes, accesibles á la amistad; tienen el instinto de alcanzar lo que se proponen si-

mismo que entre los árabes, el robo de ganados es el delito preferido, no puede uno menos de persuadirse de que la sangre de ese pueblo conquistador y rapaz, hospitalario, incruel, inteligente y supersticioso, inconstante é inquieto, desdeñoso de todo freno, debe influir por fuerza en sus repentinas é implacables sediciones y en la perpetuación del bandolerismo, que, como entre los árabes primitivos, se confunde, á veces, con la política, y no suscita el horror y la aversión que muestran á esos hechos otros pueblos menos inteligentes, pero más ricos de sangre arábiga, como Catania y Mesina en la misma Sicilia. Por el contrario, preciso es señalar el país de Lardesello, en Volterra, que desde hace sesenta años no ha visto ni un homicidio, ni un robo, ni siquiera una contravención.

Creo que la raza sea uno de los factores de la mayor criminalidad de esos países, por cuanto yo mismo he observado en algunos de sus habitantes, como los de San Angel, Puzzolo y San Pedro, una talla mayor que en los alrededores.

También en una serie de aldeas francesas situadas en el límite de los bosques de Tieraca, prolongación del departamento de Ardennes, Fauvelle (*Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1831) ha encontrado una raza de delinquentes. En algún lugar donde predomina esta raza, tanto abundan las riñas violentas de todas clases, que las autoridades judiciales se ven obligadas á cerrar los ojos. El extraño que se aventura en el interior de estas poblaciones, se

guiendo caminos encubiertos y taciturnos; hospitalarios y rapaces; supersticiosos en las clases ínfimas y orgullosos en las elevadas. La palabra *malandrín* ha perdido en Sicilia su verdadero significado. «Soy malandrín,» se dice allí como si se dijera: «Tengo sangre en las venas.» Denunciar un homicidio es faltar al Código de la honradez.» (*La Sicilia*. Florencia, 1874.)

expone á los insultos de las mujeres y hasta de los hombres. Aun en las clases acomodadas, la brutalidad se revela bajo cierto barniz de cortesía. El alcoholismo exagera esta especie de barbarie. Desdeñando el cultivo de la tierra, los habitantes explotan los bosques ó se dedican á la industria del hierro; pero, en general, prefieren el contrabando. Su talla es un poco mayor que la ordinaria; los músculos poderosos; la mandíbula grande y robusta; la nariz recta, y los arcos superciliares muy acentuados; el sistema pilífero abundante y rico en pigmentación, lo que les distingue al punto de otra raza de cabellos de un rubio amarillento que puebla algunas aldeas cercanas, con las cuales sólo raras veces se asocian.

3. EUROPA.—En su *Homicidio*, Ferri demuestra con claridad, en sus grandes líneas, la influencia de la raza en la distribución del homicidio en Europa. En los alemanes y latinos predominan las tendencias al homicidio en general, á los homicidios cualificados y al infanticidio, como también, en sentido inverso, en el suicidio y la locura. Esta última es más frecuente entre los alemanes que entre los latinos.

4. AUSTRIA.—Sin embargo, á veces la influencia étnica no puede precisarse sirviéndose de las cifras, por la razón de que en las estadísticas criminales intervienen causas complejas que impiden llegar á conclusiones ciertas. Por ejemplo: la mujer daría el minimum de la criminalidad en España, Lombardía, Dinamarca, Voivoidina y Goritz, y el maximum en la Silesia austriaca y las provincias bálticas de Rusia (Messedaglia). Pero aquí aparece la influencia de las costumbres más bien que la de la raza, porque en los pueblos donde la mujer está tan instruída como el hombre, en Silesia y en el Báltico, por ejemplo, participando en las luchas varoniles, da una cifra á la criminalidad que se aproxima mucho á la del hombre.

Lo mismo puede decirse de la mayor criminalidad que se observa en los jóvenes de los países germánicos del Imperio austriaco (particularmente en Salisburgo, Austria), en comparación con los eslavos é italianos de Gorice, el Tirol y la Carintia (Messedaglia).

5. ITALIA.—Tomando los homicidios simples (con las lesiones seguidas de muerte) y los cualificados (con los robos en camino seguidos de homicidio) denunciados en las diversas provincias de Italia en el período 1880-83, según los datos recogidos en el movimiento de la criminalidad de 1873 á 1883 (Bodio, Roma, 1886), hallamos (lám. 1.^a):

REGIONES DE ITALIA Y POBLACION EN 31 DE DICIEMBRE DE 1881.	HOMICIDIOS DENUNCIADOS POR MILLÓN DE HABITANTES	
	Homicidios simples y lesiones seguidas de muerte.	Homicidios cualificados y robos en los caminos con homicidio.
Piamonte (3.070.250).....	47	34
Liguria (892.373).....	40	29
Lombardía (3.680.615).....	22	21
Venecia (2.814.173).....	34	25
Emilia (1.706.817).....	27	24
Romaña (476.874).....	103	70
Umbria (372.060).....	102	70
Marcas (939.279).....	94	53
Toscana (2.208.869).....	76	42
Lacio (903.472).....	178	90
Abruzzos (751.781).....	174	76
Mórise (305.434).....	286	104
Campania (289.577).....	217	81
Puglias (1.539.054).....	117	46
Basilicata (524.504).....	214	86
Calabria (1.257.883).....	240	104
Sicilia (2.927.901).....	205	122
Cerdeña (682.002).....	122	167

Nótase aquí el predominio evidente de los pueblos de raza

semita (Sicilia, Cerdeña, Calabria), comparados con los de razas germanas, ligures, célticas (Lombardía, Liguria, Piamonte) y eslava (Venecia).

En efecto: además de los principales elementos étnicos primitivos (los Ligures al Norte, los Umbrios y los Etruscos al Centro y los Oscis al Sur), y á más de los Sículos de origen ligur en Sicilia, las razas que más han contribuído á determinar el carácter étnico de las diferentes regiones italianas, fueron los germanos, los celtas y los eslavos al Norte, y los fenicios, árabes, albaneses y griegos al Sur y en las islas. (FERRI, *ob. cit.*)

Italia debe á los elementos africanos y orientales (salvo los griegos) el origen de sus homicidios, tan frecuentes en las Calabrias, Sicilia y Cerdeña, mientras su frecuencia menor es debida al predominio de las razas germánicas (Lombardía).

Es un hecho demostrado con toda claridad por algunos oasis donde estos delitos son más ó menos frecuentes coincidiendo con la especialidad étnica del país.

Otra prueba encontramos en Toscana, donde la frecuencia mínima de Siena (3,9 por 100.000 habitantes); Florencia (4,3) y Pisa (6,0) contrasta bruscamente con la intensidad casi doble de Massa-Carrara (8,3) Grosseto (10,2), Luca (11,9) y la intensidad triple de Arezzo (13,4), y, sobre todo, de Liorna (14,0). (Lám. 1.^a, 3 y 4.)

Ahora bien: además de las especiales condiciones de vida creadas por las minas en Massa-Carrara y por las marismas en Grosseto, la influencia étnica—dice Ferri (1)—es indudable en Luca, que se distingue del resto de la Toscana por la elevada talla y la dolicocefalia de sus habitantes (que predominan también en Massa-Carrara) y su ma-

(1) LOMBROSO, *Sull' antropometria della Lucchesia e Gargagnana*. Roma, 1835.

yor tendencia á la emigración. Por mi parte añadiría la influencia de los rebeldes Ligures de la antigüedad, que tantas veces se rebelaron contra la dominación del Imperio romano. Pero donde más evidente se hace la influencia étnica es en Liorna, cuyo origen se conoce perfectamente.

Ciudad pantanosa en el siglo XVI, con 749 habitantes en 1551, sus primeros pobladores fueron los Liburnos, «pueblo de la Iliria, inventores de galerías é insignes piratas, á los cuales vinieron á agregarse Sarracenos, Judíos y Marselleses,» llegando después aventureros y piratas llamados por los Médicis (1).

Liorna, que en el período de 1879-83 dió la proporción mayor de delitos denunciados en Italia, da igualmente, en comparación con la Toscana, y comprendido Arezzo, las cifras más elevadas de homicidios cualificados y rebeliones, como también de robos cualificados. (Lám. 2.^a, 6.)

Tal hecho no puede depender de la exagerada densidad de población; su densidad (355 habitantes por kilómetro cuadrado) es igual á la de Milán (355) y mucho menor que la de Nápoles (1.149). Tampoco se debe á la mayor aglomeración de la población urbana, porque esta aglomeración, que es en Nápoles el 94 por 100 de la población municipal, y en Milán el 92 por 100, en Liorna sólo es el 80 por 100; á pesar de lo cual las rebeliones y robos cualificados son mucho más frecuentes.

Obsérvase otro contraste muy significativo en la parte meridional de la Península (lám. 3.^a), donde hay regiones de grande intensidad en el homicidio, como son las provincias de Campobajo, Avelina, Cosenza y Catanzaro, y oasis donde la frecuencia es menor, como en las de Benevento, Salerno, Bari y Lecce, en comparación con las vecinas de Aguila, Caserta, Potenza, Reggio, y, sobre to-

(1) LOMBROSO, *Troppo presto*, 1880.

do, Nápoles, en que la potencia criminógena del medio social debiera ser mucho más fuerte. (Lám. 1.^a, 3, 4; 2.^a, 1, 2.)

Ahora bien: difícil es no encontrar una relación de causalidad en la presencia de colonias albanesas, como factor étnico del mayor número de delitos de sangre en Cosenza, Catanzaro y Campobajo.

Recíprocamente, la menor intensidad de homicidios simples en Reggio, y, sobre todo, en las Puglias (Bari y Lecce), depende, en gran parte, del elemento griego, bastando recordar la antigua Magna Grecia (que explica también la menor intensidad de Nápoles) y después las colonias griegas llegadas durante la dominación bizantina y después de ella, lo mismo que las emigraciones precedentes de los Yapigo-Mesapianos. «Todavía hoy la fisonomía de la mayor parte de los nacidos en estas provincias recuerda este tipo, en la dulce tranquilidad de su carácter.» (Nicolucci) (1). Añádase la influencia étnica de la ocupación normanda.

Cuanto á la menor intensidad, tan notable, de homicidios simples en Benevento y Salerno, imposible es olvidar el elemento longobardo que dominó durante tanto tiempo (Ducado de Benevento y Salerno), hasta el punto de poder resistir en algunos sitios la potencia asimiladora de los italianos y conservar hasta el día algunos de los caracteres (talla elevada, cabellos rubios, etc.) que tanto llaman la atención en medio de los tipos indígenas de la Península. (Ferri.)

La influencia de la sangre albanesa, helénica y longobarda en estos oasis de la criminalidad, se confirma examinando la repartición de los homicidios cualificados y robos en los caminos seguidos de homicidio. En efecto: si se excep-

(1) *Etnografía dell' Italia*, 1880.

túan Salerno y Reggio, que dan cifras relativamente más elevadas, tenemos Nápoles, que, gracias á la sangre griega, y á pesar de la gran aglomeración de población y miseria, da cifras muy bajas en los homicidios, próximas á las de Bari y Lecce.

Sicilia ofrece también un curioso ejemplo de la influencia étnica en el homicidio. Las provincias orientales de Messina, Catania y Siracusa, tienen una intensidad de homicidios simples y cualificados (láms. 1.^a y 2.^a) inferior con mucho á la de las provincias de Caltanissetta, Girgenti, Trápani y Palermo.

Ahora bien: sabido es que Sicilia, tan diferente por el carácter de su población de la vecina Península meridional, en gran parte por los numerosos elementos septentrionales que la invadieron y dominaron (Vándalos, Normandos, Franceses), presenta en las costas orientales cierto predominio de elementos helénicos, imposibles de olvidar para explicarse la menor intensidad del homicidio en esta vertiente (como en las Puglias), y una superioridad de elementos sarracenos y albaneses en la parte meridional y septentrional, que, ciertamente, concurre á determinar la mayor intensidad de los homicidios.

Dice Réclus: «Cuando el cerco de Palermo por los Normandos (1071), se hablaban en Sicilia cinco lenguas: árabe, hebreo, griego, latín y siciliano vulgar. El árabe quedó siendo la lengua dominante, aun bajo la dominación normanda. Más tarde, los franceses, los alemanes, los españoles y los aragoneses, contribuyeron á hacer de los sicilianos un pueblo distinto de sus vecinos de Italia, por los hábitos, costumbres y sentimiento nacional. La diferencia entre los pueblos sicilianos es muy grande, según que ha predominado una ú otra raza. Así, los habitantes de las provincias Etnéas, que son, sin duda, de origen helénico más puro, por no haberse mezclado con los eslavos, tienen excelente re-

putación de gracia y dulzura. Los de Palermo, en cambio, en los cuales el elemento árabe tiene más importancia que en los demás, son, por lo general, de rasgos graves y de costumbres disolutas.» (FERRI, *ob. cit.*)

También es característica la criminalidad de Cerdeña, ya cuando se la compara con la del Continente, ó con la de Sicilia sobre todo, ya por el contraste, casi constante, entre el Norte (provincia de Sassari) y el Sur (provincia de Cagliari) (láms. 1.^a, 4; 2.^a, 7, 5). Etnicamente, Cerdeña se diferencia de Sicilia, porque desde la más remota antigüedad, y después en la época de Cartago, «los fenicios tuvieron en Cerdeña mayor imperio y dominación más larga que en Sicilia,» de tal suerte, que, hasta en nuestros días, el cráneo de nuestros sardos conserva en parte el antiguo tipo del cráneo fenicio (*dolicocefalia*). Los sarracenos tuvieron en Cerdeña menor predominio, habiendo de ellos dos colonias: los *Barbusicini* en Barbagias (provincia de Sassari) y los *Maureddi* cerca de Iglesias (provincia de Cagliari) (1).

Esta diferencia étnica concurre, en verdad, á determinar en Sicilia un promedio más intenso de criminalidad contra las personas (no obstante la inferioridad de las provincias orientales), y, en cambio, un promedio mayor de delincuencia contra la propiedad en Cerdeña. Comparando Cerdeña con Sicilia (láms. 1.^a, 4; lám. 2.^a, 7, 5), se ve el contraste saliente de las dos islas en la intensidad de los homicidios simples, más confirmado todavía en las lesiones voluntarias; y si en los homicidios cualificados Sicilia da en total una proporción menor, gracias á las cifras mínimas de las provincias orientales, sin embargo, la proporción total de los delitos contra las personas, comprendidos los homicidios simples y los cualificados y los robos en los caminos

(1) Nicolucci, *ob. cit.*

seguidos de homicidio, es mucho más elevada que la de Cerdeña.

Por el contrario, en los delitos contra la propiedad, Cerdeña (á causa del predominio de sangre semita) adelanta con mucho á Sicilia, especialmente en los robos cualificados y en los delitos contra la buena fe pública, mientras que en los delitos violentos contra la propiedad, como los robos en los caminos, extorsiones y amenazas, Sicilia vuelve á adquirir cierta superioridad. (Lám. 2.^a, 6.)

Además, hay en Cerdeña, comparando la criminalidad de las dos provincias de Sassari y Cagliari, un contraste que ya se nota en el tipo de los habitantes y en las manifestaciones de su vida económico-social.

El Norte tiene agricultura é industria más desarrollada; el Sur posee las minas de Cagliari, de Iglesias, etc.

Etnicamente, sabido es que la provincia de Cagliari es más decididamente fenicia, al paso que en la de Sassari domina el elemento español (colonia de Alghero), lo cual, junto con las condiciones económicas, concurre á determinar la mayor frecuencia de robos cualificados y delitos contra la buena fe pública en Cagliari, y la mayor intensidad de homicidios simples y cualificados y robos con homicidio en los caminos, en la de Sassari. (FERRI, *ob. cit.*) (Lám. 2.^a, 6, 5.)

Otro ejemplo concluyente de la influencia étnica, le ofrece la criminalidad de Córcega, que, como es sabido, registra en Francia el maximum de delitos de sangre (salvo el envenenamiento y el infanticidio), siendo así que en los robos da cifras muy bajas.

Comparando el número de personas juzgadas por homicidio en Córcega desde 1880 á 1883, con las juzgadas en las regiones de Italia de mayor intensidad, se obtienen los resultados siguientes:

DELITOS	PERSONAS JUZGADAS EN 1880-83 POR LOS TRIBUNALES CRIMINALES Y CORRECCIONALES (PROMEDIO POR 100.000 HABITANTES)				
	Córcega.	Cerdeña.	Sicilia.	Calabria.	Mólis (Campobajo).
Homicidios simples y lesiones seguidas de muerte.....	11,2	8,6	14,3	21,5	19,1
Homicidios cualificados y robos con homicidio en los caminos.....	9,5	19,8	9,6	9,0	5,2

Lo que quiere decir que, por más que políticamente sea francesa, Córcega es italiana por la raza y la criminalidad. Lo mismo observa Réclus: «Entre Cerdeña y Córcega, islas en otro tiempo unidas, es precisamente Córcega, hoy francesa, la más italiana por su posición geográfica y sus tradiciones históricas.»

Las diferencias entre la criminalidad corsa y sarda, se explican en gran parte por razones étnicas, confirmadas por el gran parecido que existe entre la criminalidad de Córcega y la de Sicilia. En efecto: en Sicilia predominaron los elementos sarracenos, más feroces que ávidos, y estos mismos elementos ejercieron gran influencia en Córcega. Es sabido que «á los antiguos habitantes (Ligures, Iberos ó Sicanos, según otros) sucedieron los Focenses y los Romanos, pero, sobre todo, los Sarracenos, hasta el siglo xi, llegando después los Italianos y Franceses.» (Nicolucci.)

A la sangre sarracena es, pues, á lo que Córcega y Sicilia (y en parte las Calabrias) deben su intensa criminalidad homicida y su menor delincuencia contra la propiedad.

6. RAZAS FRANCESAS.—Una ojeada á las láminas 3.^a y 7.^a que presentan el mapa de Francia según la raza y el delito, nos enseña que el máximum de los delitos de sangre corresponde á las razas ligures y gálicas.

Pruebas más detalladas de la influencia étnica, se encuentran estudiando en los citados documentos los departamentos que pasan el promedio del asesinato según la raza.

La tendencia al asesinato crece á medida que se pasa de los departamentos de población de raza cimbria (1 entre 18 = 5,5 por 100) á los de raza gálica (8 entre 32 = 25 por 100), ibérica (3 entre 8 = 35 por 100), belga (6 entre 15 = 40 por 100) y ligur, donde alcanza el máximum absoluto (100 por 100).

Cuanto á las violaciones, aumentan desde los departamentos de raza ibérica (2 entre 8 = 25 por 100) á los de raza cimbria (6 entre 18 = 35 por 100), belga (6 entre 15 = 40 por 100), gálica (13 entre 31 = 41 por 100) y ligur (6 entre 9 = 66 por 100), donde también tienen el máximum.

En los delitos contra la propiedad sólo vemos dominar las razas belga (la más industrial, después de todo), 67 por 100; ligur é ibérica, con 60 y 61 por 100, mientras la cimbria y la gálica sólo dan el 30 y 39 por 100.

La influencia preponderante de las razas ligur y gálica depende de su mayor actividad, como dijimos en el *Delito político*. En Francia, los pueblos ligures dieron el máximum de insurrectos y revolucionarios (100 por 100) y de genios (66 por 100); los gálicos, el 82 por 100 y 19 por 100; los belgas, 62 por 100 y 33 por 100; al paso que los cimbrios sólo dieron 38 por 100 de revolucionarios y apenas 5 por 100 de genios, y los ibéricos el mínimum, 14 por 100 de rebeldes y 5 por 100 de genios. (*Delito político*, vol. I.)

7. DOLICOCEFALIA Y BRAQUICEFALIA.—Para obtener documentos ciertos de la influencia de la raza, hemos in-

vestigado la relación entre la criminalidad, el índice cefálico y el color de los cabellos.

Estudiando el delito según el índice cefálico en Italia, siguiendo los mapas de Livi, vemos que en las 21 provincias en que predomina la dolicocefalia (de 77 á 80 inclusive), el promedio de homicidios y heridas es de 31 por 100, mientras el promedio general en Italia es de 17. En todas estas provincias dolicocefalas (salvo Lucca y Leccé), es decir, en 19 de 21, la proporción de homicidios pasa del promedio.

Las provincias en que más domina la mesocefalia (81-82), están proporcionalmente por bajo del promedio de las provincias dolicocefalas en cuanto á homicidios, y dan una media de 25 por 100.

Por el contrario, en las provincias de braquicéfalos (83-88), la media es de 8 por 100, muy inferior, por consiguiente, en la criminalidad, al promedio general.

Sin embargo, debemos notar que los dolicocefalos se agrupan todos en las provincias meridionales, salvo Lucca, lo que forma una excepción al paralelismo entre la intensidad del delito y la dolicocefalia; los braquicéfalos, por el contrario, salvo los Abruzzos, están al Norte de Italia, y los ultra-braquicéfalos en las regiones montañosas, dando todos un contingente menor de delitos de sangre.

Cuanto á los mesocéfalos, se encuentran, sobre todo, en la Italia meridional y en las más cálidas regiones septentrionales, como Liorna y Génova, de modo que no sería posible dejar de admitir que la influencia étnica se confundiera en este caso con la del clima.

En los robos se hace menor la diferencia.

La relación se ve también, pero con menor claridad.

Los dolicocefalos dan 460 por 1.000.000 de habitantes; los braquicéfalos, 360; los mesocéfalos, 400.

En Francia (véase *La Justice en France*), los delitos

contra las personas darían un promedio de 18 por 100.000 en los braquicéfalos y de 36 en los dolicocefalos (COLLIGNON, *ob. cit.*), contando Córcega, y, si se prescinde de ella, 24; igual, por tanto, al promedio del país, que es precisamente de 24 á 33 por 100.000 habitantes. Siguiendo los datos de Ferri, en el período 1880-84, la diferencia sería mucho menor. Los delitos de sangre, según este autor, darían 13 por 100.000 (sin Córcega) entre los dolicocefalos y 19 entre los braquicéfalos.

De todo esto resulta que en los delitos de sangre es mayor la influencia del clima que la de la raza, toda vez que en Italia, con los dolicocefalos agrupados en las provincias meridionales, hay una enorme diferencia en más para los braquicéfalos; y en cambio, en Francia, donde aquéllos se encuentran en el Sur, en el Norte (Paso de Calais, Norte-Aisne) y en el Centro (Alta Viena, Charente), faltan datos precisos y hasta dan cifras menores.

Respecto á los delitos contra la propiedad en Francia—Córcega no ejerce ahora influencia alguna,—la diferencia es notable. Los dolicocefalos dan 44 por 100.000 habitantes, y los braquicéfalos sólo 23.

En resumen, en todas partes se observa cierta preponderancia del delito en las provincias en que domina la dolicocefalia. En Francia, la dolicocefalia da mayor número de revolucionarios y genios, y entre los dolicocefalos Galos y Ligures se encuentran los dominadores y los pueblos más rebeldes á la conquista.

Esto se encuentra en completa oposición con lo que vimos en la antropología del delito, á saber: que los criminales son, casi siempre, ultra-braquicéfalos, observación preciosa que demuestra cómo la braquicefalia exagerada es en los delincuentes un carácter saliente de degeneración.

8. CABELLOS RUBIOS Y MORENOS.—Desearo conocer la proporción de delincuentes franceses según la distribución

del color rubio ó moreno de los cabellos (Topinard), notamos que en los departamentos en que predomina el cabello negro, los asesinos dan 12,6 por 100, comprendiendo Córcega, 9,2 por 100 sin comprenderla, mientras los rubios dan una cifra muy inferior: 6,3 por 100.

Debe notarse que el cabello negro abunda, sobre todo, en los países cálidos: Vendée, Hérault, Var, Gers, Landas, Córcega, Bocas del Ródano, Alpes Bajos, Gironda, etc., de suerte que no puede excluirse la acción del clima. Lo mismo puede decirse del cabello rubio, más frecuente en las regiones en que domina el clima del Norte (salvo Vaucluse): Paso de Calais, Nord, Ardennes, Mancha, Eure-et-Loire, departamentos que tienden, por lo mismo, á tener menos delitos de sangre. (Láms. 2.^a y 3.^a)

En Italia, la proporción del tipo rubio en la parte meridional é insular es inferior al promedio del Reino (Livi, *Archivio d' Antropologia*, 1894), salvo en Benevento, donde llega á la media, en las provincias de Puglia, Nápoles, Campania y Trápani, y en la parte oriental de Sicilia, donde es poco inferior. Ahora bien: en toda la Italia meridional, los delitos de sangre son inferiores al promedio, y en la provincia de Benevento dan una cifra que, aun siendo bastante elevada (27,1 por 100), es inferior á la de las provincias cercanas. Lo mismo pasa en las Puglias y en la parte oriental de Sicilia, Siracusa y Catania, que presentan una cifra de criminalidad menos elevada (Siracusa, 15; Catania, 28; Lecce, 10).

En estas provincias, el color rubio de los cabellos está en relación directa con las razas lombarda (Benevento) y griega (Sicilia), que es el factor que determina su menor intensidad criminal.

Con todo, no he encontrado ninguna relación con la raza en el oasis rubio de Perugia y en el moreno de Forli, en la Italia central.

La población rubia que rodea los Alpes está en estrecha relación con la de la montaña, y, como ésta, ofrece sólo una débil criminalidad; pero en este caso la causa es orográfica. Por el contrario, la mancha morena de Liorna y Lucca coincide en toda clase de delitos, incluso los de sangre, con su mayor criminalidad, comparada con los países vecinos de la Toscana. Ahora bien: como aquí el color del cabello se agrega á una dolicocefalia especial, que no puede explicarse por causas crográficas, parécenos que esto da una nueva prueba de la influencia étnica en los delitos de sangre.

No hay correlación evidente en los delitos contra la propiedad. Por ejemplo: la provincia de Treviso, cuyos habitantes son muy rubios, da el máximo de criminalidad, y Ferrara, donde son muy morenos, marcha casi al par que aquélla.

9. Judíos.—La influencia de la raza en la criminalidad aparece con toda evidencia en el estudio de Judíos y Gitanos, si bien en sentido opuesto para cada uno de estos pueblos.

La estadística demostraría en los judíos de ciertos países una criminalidad inferior á la de sus compatriotas católicos: hecho tanto más notable cuanto que, dadas las profesiones ejercidas preferentemente por aquéllos, debería establecerse la comparación, no ya con la población en general, sino con los comerciantes y pequeños industriales, que, como veremos, dan elevadas cifras de criminalidad.

En Baviera hay un condenado judío por cada 315 habitantes, y un católico por cada 265.

En Badèn hay 63,3 judíos por cada 100 cristianos condenados. (Oettingen, pág. 844.)

En Lombardía, bajo la dominación austriaca, hubo en el espacio de siete años un condenado judío entre 2.568 habitantes. (Messedaglia.)

En 1835, sólo había en Italia siete judíos encarcelados, cinco hombres y dos mujeres, proporción muy inferior á la de la población criminal católica. Nuevas investigaciones

hechas por Servi en 1869, dieron para una población de 17.800 judíos, sólo ocho condenados.

También en Prusia notó Hausner una ligera diferencia en favor de los acusados judíos (1 por cada 2.600, mientras los cristianos daban 1 por cada 2.800), hecho confirmado en parte por Kolb.

Según Kolb, hubo en Prusia en 1859: un acusado judío por cada 2.793 habitantes; un católico por cada 2.645, y un evangelista por cada 2.821.

Sin embargo, en 1862-65 hubo un acusado judío por 2.800 habitantes y un evangelista por cada 3.400.

En Baviera se notó un acusado judío por cada 315 habitantes y un católico por cada 265. (*Hand. der vergleich. statistik*, 1875, pág. 130.)

En Francia, durante 1850-60, hubo un promedio de 0,0776 por 100 acusados judíos, y de 0,0584 católicos. Estas cifras están en relación con los habitantes adultos. Referidas á la población en general, son, respectivamente, de 0,0111 y 0,0122 por 100.

En 1854 había 166 criminales judíos; 118 en 1855; 163 en 1856; 142 en 1858; 123 en 1860; 118 en 1861, con una ligera regresión, por consiguiente, en los últimos años. (SERVI, *Gli Israeliti in Europa*: Turín, 1872.)

Sin embargo, en Austria los judíos condenados dieron 3,74 por 100 en 1872, y 4,13 en 1873, cifras más elevadas en algunas fracciones que las correspondientes al resto de la población. (*Stat. Uebers. der k. k. österr. Strafanst.*, 1875.)

La criminalidad específica de los judíos es un hecho más cierto que la proporción mayor ó menor de delincuentes. Como entre los gitanos, predomina en ellos la forma hereditaria. En Francia se cuentan familias enteras de estafadores y ladrones, como las de los Cerfbeer, los Salomón, los Levi, los Blum, los Klein. Los condenados por asesinato son raros, y en este caso se trata de jefes de bandas orga-

nizadas con rara habilidad, como las de Graft, Cerfbeer, Meyer y Dechamps, que cuentan con verdaderos viajeros y libros de contabilidad, y despliegan prudencia, paciencia y tenacidad verdaderamente notables. Todo lo cual les permite esquivar durante muchos años la acción de la justicia. La mayoría se dedica en Francia á estafas especiales, como la del anillo, que consiste en fingir el hallazgo de un objeto precioso, ó bien la del saludo matinal, que les facilita la ocasión de despojar los dormitorios abiertos y hasta los comercios. (Vidocq, Du Camp.) Los judíos rusos son, especialmente, usureros, monederos falsos, contrabandistas y hasta tratantes en mujeres, que envían á Turquía.

Tienen organizado el contrabando casi como un Gobierno. Ciudades enteras de la frontera, como Berdrereff, están pobladas casi enteramente por judíos contrabandistas. A veces el Gobierno ha hecho rodear la ciudad militarmente, encontrando grandes depósitos de mercancías fraudulentas. El contrabando llegó hasta el punto de ser un grave obstáculo para los tratados de comercio con Prusia.

En Prusia eran muy frecuentes en otro tiempo las condenas de judíos por falsedades y calumnias, y, sobre todo, por quiebras fraudulentas y encubrimiento, delito que escapa muchas veces á la acción de la justicia. Esto explica el gran número de palabras judías de las jergas alemanas é inglesas, porque el ladrón considera al encubridor como maestro y guía, y por lo común se apropia con facilidad su lenguaje.

Los grandes golpes de la célebre banda de Magonza (Tounerse), eran preparados por algún *kochener* ó santero judío. Hubo una época en Francia en que casi todos los jefes de bandas criminales tenían mujeres judías por queridas. Multitud de causas impulsaban antes á los judíos á estos delitos y á la usura: la codicia del oro, la desesperación, la exclusión de todos los empleos y de la asistencia

pública, la reacción contra las razas fuertes que les perseguían. A veces, obligados por la violencia de bandoleros armados, debían convertirse en cómplices para no ser víctimas. No debemos admirarnos de que su criminalidad parezca haber sido tan grande, mientras es justo notar que conforme el judío ha podido entrar á formar parte de la vida pública, se ha visto disminuir su tendencia á una criminalidad específica.

De nuevo vemos aquí cuán difícil es establecer conclusiones serias en materias morales tan complejas, basándose únicamente sobre cifras.

Pero sí puede afirmarse la menor criminalidad de los judíos en comparación con otras razas; no sucede lo mismo con la locura, que entre ellos tiene evidente predominio.

Según Oettingen, en Baviera hay un loco por cada 908 católicos, 967 protestantes y 514 judíos. En Hannover, uno por 527 católicos, 64 protestantes y 337 judíos. En Silesia, uno por cada 1.335 católicos, 126 protestantes y 604 judíos. En Dinamarca se observó 5,8 enajenados por cada 1.000 judíos, y 3,4 por cada 1.000 cristianos.

Pero más que á la influencia de raza se debe esto al exceso de trabajo mental, porque en las razas semitas (Árabes, Beduínos), la enajenación es muy rara.

10. GITANOS.—No se puede decir lo mismo de los Gitanos, imagen de una raza de criminales con todas sus pasiones y vicios.

«Aborrecen—dice Grelmann (1)—todo lo que exija la menor atención: soportan el hambre y la miseria antes que

(1) *Histoire des Bohémiens*: París, 1837.—PREDARI, *Sugli Zingari*: Milán, 1871.—POTT, *Zigeuner Halle*, 1844.—VIDOCQ, *op. cit.*, idem, pág. 330.—BORROW, *Gli Zingari in Spagna*, traduz. di Hudson, 1818.—COLUCCI, *Gli Zingari*: Ancona, 1839.

102

someterse al más ligero trabajo continuo; trabajan lo suficiente para no morir de hambre; son perjuros aun entre sí mismos, ingratos, viles, y al mismo tiempo crueles. De aquí el refrán que dicen en Transilvania, que para hacer correr á cincuenta gitanos basta un trapo mojado.»

Incorporados al ejército austriaco, hicieron muy mal papel. Son vengativos hasta el extremo. Para vengarse un gitano de su amo que le había pegado, le llevó á una caverna, le cosió en una piel y le dió de comer substancias asquerosas hasta que murió de gangrena. Para saquear Lograno, envenenaron las fuentes del Drao, y cuando creyeron muertos á los habitantes, penetraron en masa en el país, que debió su salvación á un vecino que descubrió el proyecto. En el exceso de su cólera, se les vió lanzar á sus niños, como piedras de honda, á la cabeza de sus adversarios. Vanidosos como todos los criminales, no temen la infamia. Todo lo que ganan lo consumen en bebidas y adornos: así es que se les ve andar descalzos y vestidos con trajes de colores vivos galoneados; sin medias y con zapatos amarillos.

Tienen la imprevisión del salvaje y del criminal. Se cuenta que una vez que rechazaron á los imperiales de una trinchera, comenzaron á gritarles: «Huid, huid, porque si no nos faltaran balas os mataríamos á todos.» Advertido el enemigo, volvió sobre sus pasos y los destrozó.

Aunque carecen de moral, son supersticiosos (Borrow), y se creerían condenados y deshonrados si comieran anguila ó ardilla. En cambio, comen carnes casi putrefactas.

Se entregan á la orgía; aman el ruido, y arman gran agitación en los mercados. Feroces, asesinan sin remordimientos, por robar. Algún tiempo se les tuvo por sospechosos de canibalismo.

Las mujeres son muy hábiles en el robo, y educan en él á sus hijos.

Envenenan el ganado con determinadas substancias, para atribuirse el mérito de curarle ó para adquirir carne barata. En Turquía, también se prostituyen. Todos sobresalen en alguna estafa especial, como la sustitución de moneda legítima por moneda falsa, ó la venta de caballos enfermos ó defectuosos, que tienen la habilidad de vender como si fueran sanos. Así es que si, en otro tiempo, entre nosotros era sinónimo de usurero, en España *gitano* es sinónimo de pillo en el comercio de ganados.

Cualquiera que sea la situación en que se encuentre el gitano, conserva siempre su impasibilidad habitual. No se preocupa del porvenir, y vive al día, en una absoluta inmovilidad del pensamiento, falto de la menor previsión.

«Autoridad, leyes, reglas, principios, preceptos, deberes, son nociones y cosas insoportables á esta extraña raza.» (Colocci.) Obedecer y mandar les es también enojoso. Es un peso y un fastidio. *Tener* es para ellos palabra tan extraña como la de *deber* (1); las consecuencias, la previsión, el vínculo que une lo pasado con lo porvenir, les son desconocidos. (Colocci.)

Colocci cree que tienen itinerarios especiales, comunes á los fugados, á los ladrones y á los contrabandistas internacionales, en los cuales ponen señales especiales, como los *zink* de los alemanes.

Uno de los signos más usados es el *patteran*, del cual se conocen dos tipos: el antiguo, en forma de tridente, y el moderno, en forma de cruz latina.

Estas señales marcadas en los caminos, trazadas con carbón sobre los muros de las casas, grabadas á cuchillo en la corteza de los árboles, son procedimientos convencionales

(1) El verbo *deber* no existe en gitano. El verbo *haber* (terava), casi le han olvidado los gitanos europeos y es desconocido de los de Asia.

para indicar á los que vengan después: *éste es el camino del gitano*. En el primer *patteran*, se señala la dirección mediante líneas laterales; en el segundo, la indica el brazo más largo de la cruz.

Los puntos de parada ó estaciones se distinguen por el *Svastika* misterioso, vestigio indudablemente del antiguo símbolo indio, y, tal vez, embrión de nuestra cruz.

Cuando abandonan el lugar donde están acampados—escribía Pechon de Ruby en el siglo xvi,—caminan en dirección opuesta hasta cerca de media legua, volviendo después sobre sus pasos para tomar el camino verdadero.

Como los criminales y los parias de quienes descienden, tienen una literatura popular que glorifica el delito, como el siguiente diálogo entre un padre y un hijo, que da Colloci:

Padre.—¡Hola, Basilio! Cuando seas grande, debes robar ¡por la cruz de tu padre!

Hijo.—¿Y si me descubren, padre?

Padre.—Entonces, querido mío, fíate de la planta de los pies.

Hijo.—¡Al diablo tu cruz, padre! Creo que no me enseñas bien.

Es importante notar que esta raza, tan inferior desde el punto de vista moral y refractaria á toda evolución civil é intelectual hasta el punto de no haber ejercido jamás industria alguna y no haber podido pasar en poesía de la lírica más pobre, ha llegado á crear en Hungría un arte maravilloso; nueva prueba de la neofilia y genialidad que pueden hallarse unidas al atavismo criminal (1).

(1) LOMBROSO, *Atavism and Evolution*, en *Contemporary Review*, Julio 1895.

CAPITULO IV

CIVILIZACIÓN—BARBARIE—AGLOMERACIONES PRENSA—NUEVOS DELITOS

I. CIVILIZACIÓN Y BARBARIE.—Entre los numerosos problemas sociales, hay uno cuya solución cierta y precisa se hace sentir con mayor viveza. Hablamos de la influencia de la civilización en el delito y la locura.

Si quisiéramos atenernos sólo á las cifras, el problema estaría ya resuelto. En todos los países de Europa, menos Inglaterra, hallamos un número de delitos y casos de locura que crece todos los años de un modo desproporcionado con la población (1).

(1) En Francia, en 1826-37, los acusados formaban el 1 por 100 de la población; en 1855 llegaban al 1 por 55. (DUFAY, *Traité de statist.*, 1840; BLOCK, *L'Europe politique*, 1870.) De 1825 á 1838, los acusados (exceptuándose los delitos políticos y las contravenciones fiscales) subieron de 57.470 á 80.920. En 1838, de 237 por 100.000 habitantes, llegaron á 375; en 1847 á 480; en 1854-55 á 1866 bajaron á 389, para volver á subir á 517 en 1874 y á 552 en 1889. En el espacio de cincuenta años, ha habido, por consiguiente, un crecimiento de 133 por 100. (JOLY, *France criminelle*, pág. 10.)

En Austria, en

1856	1	condenado	por	1.238	habts.,	1	acusado	por	832	habts.
1856	1	»	»	1.191	»	»	»	»	813	»